

# DESDE HENDAYA A GIBRALTAR HAY TREINTA AÑOS DE DISTANCIA

Presentación de la nueva edición, corregida y aumentada, del libro de Serrano Suñer «Entre Hendaya y Gibraltar». Hay clima de «Sermón de la Montaña». Lo siente uno en la frontera de la piel, en esta tarde del mes de mayo barcelonés, mientras suenan las bocinas de las casetas embotelladas y de las lágrimas de las lámparas del Ritz se descuelga una música nostálgica, sólo oída por la oculta imaginación del oído:

**Recuérdame,  
que recordar es volver a vivir.**

Y yo recuerdo a este anciano pulcro en una foto fija que ocupa un rincón de mi memoria. Entonces este anciano pulcro era un «dandy» con chaqueta blanca, camisa azul y corbata negra; un «dandy» terrible, que discutía mi vida o mi muerte a un palmo de Adolfo Hitler, a un palmo de Mussolini, sólo a un palmo. Ahora, el anciano pulcro cruza el pasillo central prendido por las miradas de los más viejos y los más jóvenes del lugar. Los primeros quieren recuperar al lugarteniente de César. Los segundos creen asistir a una secuencia en vivo de «Mundo Camp», en vivo y en fascinante. Porque, aunque el anciano pulcro tiene maneras de miembro de los antiquísimos alumnos de Eton, conserva ese magnetismo que jamás se pierde si has rozado gentes tan magnéticas como las que el anciano pulcro rozó cuando era un «dandy» terrible.

Se parapeta tras la mesilla de las consagraciones verbales. Aguarda con británica paciencia el turno de los presentadores. El editor agradece y valora. A continuación, don Santiago Nadal, presidente de la Asociación de la Prensa de Barcelona, dice cuatro cosas, cuatro cosas muy claras: que cuando Serrano Suñer estaba en Hendaya, Santiago Nadal estaba en Gibraltar; que a pesar de todo entiende este acto como una prueba de civilización; que leyendo «Entre Hendaya y Gibraltar» toma cuerpo la sospecha de que Serrano Suñer sólo pudo ser el que fue o sólo pudo hacer lo que hizo (al parecer, no es lo mismo); que cuando alcanzas un puesto de mando, sea el que sea, es cuando te das cuenta de lo distinto que se ven los toros desde la barrera. De presidente de la Asociación de la Prensa de Barcelona a ex ministro de Asuntos Exteriores de la España que quería ser Imperial, Santiago Nadal tendió el puente de una civilizada comprensión sobre la distancia que desde entonces ha seguido existiendo entre Hendaya y Gibraltar.

Y por fin le llega el turno a Se-

rano Suñer. Silencio en la sala. El músculo duerme. La ambición descansa.

La expectación no se vio defraudada.

## «Ubi sunt?»

Serrano Suñer, para empezar, dijo que jamás ha comprendido ni disculpado la actitud de los que niegan que España pretendió ser fascista y que los que estaban en puestos dirigentes presumían y confiaban en la victoria del Eje. Serrano Suñer lamenta la existencia objetiva de la guerra civil, que, a juzgar por su testimonio, nadie quería. José Antonio le dijo: **Las guerras civiles sólo tienen vencidos.**

Y Serrano Suñer enumera a una serie de protagonistas directos de la guerra que, en su opinión, no querían la guerra civil y sólo pretendían derrocar la República mediante un golpe de Estado. En la lista de Serrano Suñer no estaban todos los que fueron, por lo que cabe sospechar que no todo el mundo estuvo de acuerdo con la tesis de José Antonio.

El orador, porque evidentemente Serrano Suñer es un orador, pintó vividamente el cuadro histórico de la Europa de fines de los años treinta. La irrupción victoriosa de Alemania. El hundimiento sucesivo de los frentes que se le opusieron. El convencimiento, prácticamente universal, de que Alemania era imparable y que fue un serio error estratégico detenerse en Hendaya, no dar el salto del Canal y apoderarse de Inglaterra. No es que Serrano Suñer lo deseara. Se limita a llamar en su ayuda las opiniones de los estrategas para justificar el talante histórico con el que se fue a dialogar con Hitler, Mussolini, Ciano, y a negociar la no beligerancia de España.

Asume su convencimiento de entonces, no reniega de él. Acepta todas las responsabilidades y empuja a los que abdicaron de ellas. Escribió y publicó «Entre Hendaya y Gibraltar» inmediatamente después de la derrota del Eje, cuando se oían desde España los martillazos que araban las horcas de Nuremberg. Y en el libro decía lo que dice ahora, menos unas cien notas al pie de página de nueva factura, cuya lectura detallada pone en la pista de esa larga marcha de Serrano Suñer desde Hendaya a Gibraltar. Son notas matizadoras, pero matizan mucho. Matizan a veces hasta el punto de cambiar cualitativamente lo que quieren matizar.

¿Qué se hizo de los gigantes del nazismo? ¿Qué se hizo de aquellos arrolladores Sigfridos, que se tomaron a Brunilda a la torera? Sobre

ellos cayó el estigma de la derrota y los que en ellos confiaron se desdijeron, les negaron tres veces antes de que cantara el gallo. Serrano Suñer no, y desde esa, indiscutible, autoridad moral que le da reconocer el sentido del pasado, se atreve a sancionar el sentido del presente y del futuro.

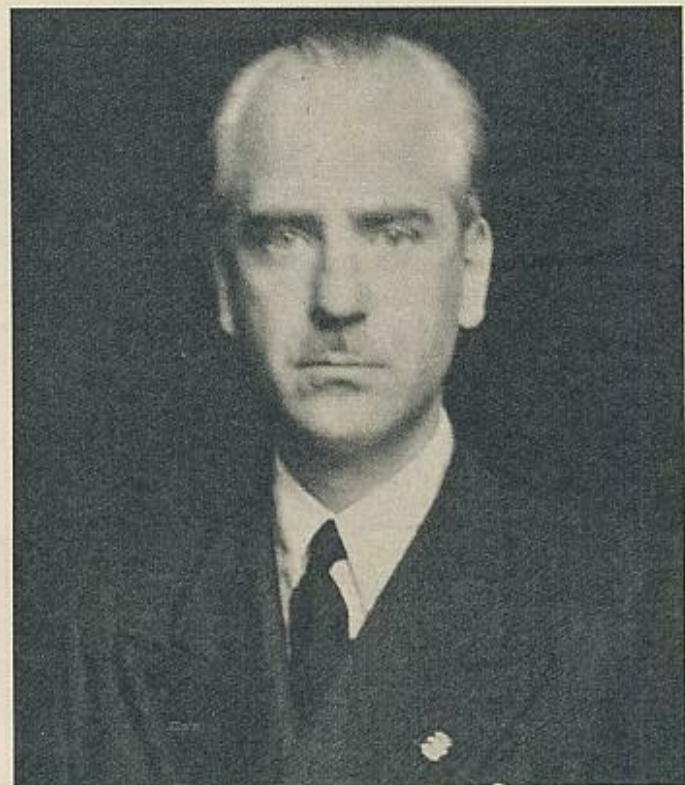
## No a la ultraderecha

Serrano se asombró, una y otra vez, de cómo esas gentes violentas

—La una sin la otra no tienen sentido.

Habló claramente del parentesco entre fascismo y despotismo ilustrado y cómo progresivamente se va convirtiendo en un despotismo a secas.

Había que verle y verlos. Había que ver al pulcro anciano diciendo todo esto sin otro parapeto que una mesita con vaso de agua y treinta años de larga marcha. Y había que ver a buena parte del público desconcertado por lo que Serrano Su-



Serrano escribió y publicó su libro inmediatamente después de la derrota del Eje, cuando años han transcurrido entre aquel «da

tas de nuevo cuño se atreven a reivindicar la palabra y la vida de José Antonio como razón ideológica para sus propósitos de ahora.

—José Antonio era un orteguiano, un entusiasta de la razón. Reivindicar su nombre para el irracionalismo es una tergiversación.

Vino a decir Serrano Suñer. Se mostró partidario de una apertura generosa que tuviera en cuenta lo positivo de todos los sistemas sociales, políticos y económicos, con el fin de conseguir un sistema que aunara la necesidad de autoridad con la necesidad de libertad.

ñer decía, por las salvas de aplausos que subrayaban frases como ésta:

**Las leyes se han hecho para los pueblos, no los pueblos para las leyes.**

Los que habían ido a recuperar al lugarteniente de César tensaban sus arrugas y las convertían en una mueca superviviente entre el naufragio del rostro, espejo del alma. Serrano proseguía implacable su ataque al inmovilismo. Tan implacable, que hasta el salón del Ritz llegó la corriente de aire húmedo de las catacumbas, y los ros-





Un «dandy» terrible que discutía mi vida o mi muerte a un palmo de Adolfo Hitler...



se oían desde España los martillazos que armaban las horcas de Nuremberg. Treinta «dandy» terrible y este anciano pulcro...

tros se auscultaban con psicosis de Watergate. Y también habló sobre los intelectuales, gentes que tienden a la soberbia, es cierto, pero necesarios como críticos modificadores de la realidad histórica. Hay que temer más a la soberbia de los fanáticos ignorantes.

Escuchando a Serrano Súñer recordaba yo la afirmación de Joaquín Maurín, en su prólogo a la nueva edición de «Revolución y Contrarrevolución en España»: «Sólo los fósiles no evolucionan», decía Maurín y vino a decir Serrano Súñer.

No es la única coincidencia con pasados antagonistas que pude apreciar en el discurso de Serrano. En muchos momentos me parecía estar asistiendo a un discurso que muy bien hubiera podido pronunciar el pobre Marcelino Domingo o incluso el mismísimo don Alejandro en un momento de beatitud. Hasta Azaña suscribiría hoy y entonces casi todo el discurso de este Serrano Súñer.

Pero aún quedaban emociones históricas e ideológicas muy fuertes en el sombrero de copa del

«dandy»-terrible-anciano-pulcro que nos ocupa.

### Sí a Europa

Serrano dedicó buena parte de su disertación a lanzar alfilerazos contra la mala conciencia de los renegados de los hechos de ayer. Como demuestra una lectura de este libro fascinante, Serrano tiene una buena y peligrosa memoria.

—Muchos se pasaron de listos, y cuando los aliados ganaron la guerra intentaron colar el argumento de que habíamos flirteado con los alemanes para engañarles. Con esta actitud merecimos no sólo la desconfianza de los aliados, sino, además, su desprecio.

Serrano nos recordó que ya en la primera edición de «Entre Hendaia y Gibraltar» concluía su libro de esta manera: «Pero la tarea de hacer Europa es cuestión de los europeos. Si al cabo los europeos saben deponer sus rencillas, sus agravios y suspicacias para crear una efectiva y común ciudadanía europea. Si dan a luz —como hicieron siempre— la fórmula precisa que nuestro tiempo viene reclamando con apremiante angustia. Si —en último término— saben a tiempo recoger y ordenar los restos de un viejísimo poder aún no del todo extinguido. Si todo eso ocurre es posible que la aurora se encienda nuevamente sobre este trozo de planeta que —pese a todo— es aún portador de la única obra madura del espíritu que el mundo ha logrado hasta ahora».

Y en 1973, en el salón Ritz de Barcelona, pese a reconocer que estaba ya más aquí y más allá de los intereses de este mundo, Serrano Súñer se mostró tan decidido partidario de la Unidad Europea como Willy Brandt o Edward Heath. Especialmente dedicó un elogio a Edward Heath, personaje que al parecer le merece mucho crédito y que en cierta manera da definitivo sentido al viaje de Serrano desde Hendaia, donde estaba Hitler

### M. VAZQUEZ MONTALBAN

en 1940, a Gibraltar, donde sigue estando Heath en 1973.

Es decir, desde el fascismo a la Europa democrática, «... que debe ir incluso más lejos de lo acordado en el Tratado de Roma», Serrano Súñer ha tardado treinta años en llegar. Porque, si bien ya en 1947, año de la primera edición de un libro serio y acreditado por los mejores especialistas del mundo, se mostraba paneuropeísta, su europeísmo de entonces resulta seriamente modificado por las matizaciones de ahora.

A manera de nota, al pie de página.

### «Strip-tease»

No le temblaba el pulso ni la voz. Había convocado a todos sus fantasmas, y él mismo era también un fantasma para los que le recordábamos como un «dandy» terrible en los recortes de prensa o en los recortes de confidencias de los mayores.

Incluso parecía como si Serrano Súñer se estuviera divirtiendo con aquel acto, que algún comentarista barcelonés calificaría al día siguiente de «strip-tease». Parecía tararear aquella canción de Artur Kaps, también de los años cuarenta:

**Fantasmas  
ni me dan frío ni me pasman,  
por el contrario,  
me entusiasman,  
y un placer es conocer  
y no temer a  
los fantasmas.**

Cuando dejó de hablar, muchos aplausos y algunas cabezas gachas. En un corrillo despotrica un anciano y dice el esperado: «¡Parece mentira!». Serrano Súñer sigue tras la mesita rodeado de gentes propicias, devolviendo felicitaciones y dedicando libros.

Los más se han zambullido en las páginas de esta reedición del viejo libro de Serrano Súñer, completado con un largo prólogo, un centenar de notas, fotografías no sólo suculentas, sino incluso nutritivas, y apéndices con escritos y discursos recientes de un hombre que fue llamado popularmente «El Cuñadísimo». En un grupo departe Rafael Borrás, «instigador» de una reedición que dará que hablar y que va a convertir esta pieza de museo historiográfico en un «best-seller» del verano.

No sería mala idea incorporarle urgentemente el «strip-tease» verbal que acaba de protagonizar su autor e incluso una fotografía de su pulcro ancianidad actual. Porque, para los que tenemos la retina mejor o peor condicionada por imágenes de otro tiempo, el fantasma del «dandy» terrible se aparece una y otra vez, página a página, a pesar de las notas al pie.